



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:

La globalización y el camino libertario de las diferencias: *Cuadernos Americanos*

Autor:

Melgar Bao, Tirso Ricardo

Forma sugerida de citar:

Melgar, T. R. (1995). La globalización y el camino libertario de las diferencias: *Cuadernos Americanos*. *Cuadernos Americanos*, 2(50), 46-63.

Publicado en la revista:

Datos de la revista:

Cuadernos Americanos

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 50, (marzo-abril de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA GLOBALIZACIÓN Y EL CAMINO LIBERTARIO DE LAS DIFERENCIAS: *CUADERNOS AMERICANOS*

Por *Ricardo MELGAR BAO*
ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA
E HISTORIA, MÉXICO

Injétese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.

José Martí

BAJO LOS TEMPESTUOSOS TIEMPOS de un complejo y asimétrico proceso de globalización, *Cuadernos Americanos* redimensiona su papel en el escenario intelectual del continente, por su función paradigmática de sostenerse como un espacio de diálogo y encuentro para ese abanico de alteridades generacionales, culturales, ideológicas y de género, que configuran la intelectualidad bolivariana y martiana de fin de siglo.

Poder pensar desde la diferencia y sentirse parte de los actores etnoculturales que avanzan en la conformación de Nuestra América significa recoger el espíritu que animó desde su fundación esta inconfundible y prestigiada revista. Durante la última década, las tendencias autoritarias se han multiplicado a escala planetaria, con cuotas de renovada intolerancia, xenofilia y xenofobia, intentando asfixiar el derecho al disenso y a la coexistencia en la diversidad etnocultural. ¡Qué duda cabe que en este controvertido panorama mundial, *Cuadernos Americanos* se ha movido y se sigue proyectando a contracorriente!

La Nueva Época de la revista se aproxima a alcanzar una década de cumplida labor martiana; la revisión de medio centenar de revistas editadas con puntillosa periodicidad y ánimo constructivo y polémico así lo refrenda. Leopoldo Zea, el incansable filósofo de la identidad latinoamericana, y su equipo editorial, bien merecen en

este sentido, sin regateos, nuestro reconocimiento. El trabajo invisible que sostiene toda empresa intelectual de esta envergadura, a pesar de sus múltiples limitaciones de infraestructura y tiempos, no puede ser olvidado. Acaso esta misma constatación atenúe el sentido crítico que signa algunas obvias lagunas y desequilibrios al evaluar los campos nacionales, o las áreas culturales, así como cierto acento intelectual o ideológico sobre algunos tópicos de alto contenido polémico.

Sucede que los representantes de nuestra intelectualidad continental todavía mantienen entre sí canales y espacios de comunicación balbuceantes y vulnerables. Lo sabemos incluso quienes ya venimos recibiendo el choque de las nuevas tecnologías y redes de la comunicación intracontinental, Internet incluido. Vicisitudes políticas y de orden muy terreno confabulan contra el propio ensanchamiento y reafirmación de los espacios plurales de nuestra intelectualidad crítica. No dudo que *Cuadernos Americanos* tendrá que hacer esfuerzos adicionales para que, por ejemplo, la rica panorámica intelectual de Paraguay o de Honduras ocupe los espacios que siempre tuvieron abiertos en la revista. Desde esa perspectiva nos toca también a sus lectores y colaboradores no eximirnos de este quehacer solidario y plural, en aras de continentalizar realmente nuestros espacios intelectuales.

En esta comunicación intentaremos redondear la imagen que nos proyecta *Cuadernos Americanos* sobre la problemática continental, tan conflictuada ya no tanto por sus lecturas, como por las coordenadas neoliberales que atenazan su presente y su futuro. A partir de allí, apelando a fuentes complementarias, avanzaremos en reflexión sobre la coyuntura actual y sus perspectivas.

1. *El capital depredador: entre la usura y la exclusión*

A FINES de los ochenta, de esos años que han sido caracterizados como los de la década perdida, se afirmó un nuevo prisma latinoamericanista. Desde el horizonte de *Cuadernos Americanos* se percibían, bajo distintos ángulos, los claroscuros de la problemática continental. El tránsito de los gobiernos militares a gobiernos civiles era asumido como una señal deseable de la democratización del espacio regional, no así los índices económicos y de condiciones de vida, ni los avances del proceso de transnacionalización cultural que acompañaban a este cambio del área. Lo interesante de estas lecturas sobre los problemas latinoamericanos radica en que convirgieron en el develamiento de una crisis estructural en sus diversos

planos, así como en sus tendencias de cambio y la construcción de una nueva semántica de la utopía continental.

La reconfiguración y reordenamiento de la economía mundial nos lleva a replantear el sentido y alcance de la noción de producción y del propio mercado. Los tiempos y espacios de la producción y circulación de mercancías y bienes culturales han cambiado. La importancia creciente del conocimiento y de la informática obligan a rejerarquizar los papeles asignados comúnmente a los diversos factores de la producción. En el proceso de circulación y en el consumo real y simbólico, ya nos ha quedado claro el efecto de la informática y de la telecomunicación.

Es nueva la certidumbre de que se puede descalabrar más de una bolsa de valores latinoamericana en cuestión de horas. La imprevisible decisión y orientación de fuerzas exógenas ubicadas en Nueva York, Tokio o algún otro centro financiero del Norte, y/o la acción de nuestras élites financieras nativas, operan al margen y en contra de los planes nacionales de desarrollo. Las élites financieras nativas sienten excesivos y anacrónicos los discursos nacionalistas y estatistas, pero no su arcaica defensa de la usura. En esta dirección, las élites financieras se muestran más distantes y adversas a los intereses de las franjas más amplias de la población latinoamericana que las viejas burguesías compradoras y cosmopolitas de las sociedades oligárquicas.

La producción industrial en América Latina, fuertemente transnacionalizada por la composición de su capital, expresa su propia mundialización en el campo productivo. Las innovaciones tecnológicas aplicadas a la producción, particularmente la robotización y la informática, aunadas a las nuevas formas de transferencia, vienen subvirtiendo la tradicional lógica industrial. Los paquetes tecnológicos integrales relativamente desfasados, que traspasaban las empresas transnacionales a los países en vías de desarrollo, les garantizaban el control monopólico de las innovaciones tecnológicas de sus casas matrices para operar competitivamente en el mercado de los países industrializados del Primer y Segundo Mundo. Por su lado, los productos con tecnología obsoleta sólo podían conquistar relativa y horizontalmente ciertos mercados de los países en vías de desarrollo. Por esta segunda vía se venía arcaizando y vulnerando el comercio y la integración latinoamericana.

Lo que se observa en la actualidad es una sensible homogeneización tecnológica en ciertas industrias, como, por ejemplo, sucede en los ramos de la electrónica, las computadoras, las telecomunica-

ciones y el automóvil. Se trata de producir las piezas de un determinado producto en diferentes países. Las empresas modernizadas de cualquiera de estos ramos industriales pueden denominar a sus productos mercancías de factura mundial.

La división del trabajo que supone esta nueva orientación productiva no sólo ha fragmentado la capacidad de negociación de la fuerza de trabajo, sino que también ha cambiado su propia composición social al feminizar sus cuotas de ingreso ocupacional, al mismo tiempo que ha borrado las fronteras entre obreros industriales, empleados y técnicos medios. En el mercado ocupacional del continente, la mediana y la gran empresa industrial han sido desplazadas por la economía subterránea; lo prueba el hecho de que para el año 1992 el sector informal concentraba el 54% del empleo no agrícola. Durante el periodo 1980-1992, 80 de cada 100 nuevos empleos correspondían a la economía informal (Tokman 1993), tendencia que no parece que podrá ser revertida a fines de los noventa.

En la región, la instrumentación de códigos de productividad se ha extendido de la industria al quehacer intelectual y académico, sin que este hecho vaya acompañado de un mejor soporte tecnológico y de mejores condiciones de trabajo. Los códigos de productividad han logrado recomponer el perfil de los ingresos, al pesar sus volátiles bonos tanto o más que los sueldos y salarios. El desgaste social que viene generando este proceso sobre los profesionales, los obreros industriales y los académicos acortará a mediano plazo sus tiempos de rendimiento y sus escalas de edad. La jubilación, la tercera edad, además del paro, pueblan bajo formas cada vez más fantasmagóricas el imaginario social latinoamericano. No hay duda de que las fracturas intergeneracionales y de género tienden a hacerse cada vez más explícitas y dramáticas en el mercado ocupacional.

Este proceso, cumplido ya en los años setenta en los países del Norte, llega con sensible retraso a afectar lo poco que queda de la centenaria planta industrial latinoamericana. El sector industrial ha perdido peso en términos absolutos y relativos en el marco empresarial latinoamericano. De las cien empresas más rentables de la región en 1993, el 60% correspondían a capitales brasileños y mexicanos, distribuyéndose las compañías restantes en cinco países: Chile (16), Argentina (15), Colombia (4), Perú (3) y Venezuela (3). De todas ellas, destacan las empresas comerciales-financieras. Las industriales, salvo las de telecomunicaciones, se siguen ubicando en rubros minero-metalúrgicos o ligados al petróleo y la petroquímica (*Latin Finance* 9-9-1993).

Las pequeñas y medianas empresas latinoamericanas, en proceso de extinción, a condición de que se ubiquen en el campo de la economía informal, o se articulen con ella, son ahora objeto de un gran proyecto para encadenarlas al expansivo mercado electrónico que acompaña la mundialización de nuestra economía latinoamericana. La DevNet Internacional promoverá entre las pequeñas y medianas empresas de la región la adquisición del sistema denominado IBEX, diseñado por las Cámaras de Comercio de Estados Unidos y Canadá en sociedad con las empresas AT&T y Dan & Bradstreet Information Services. Se trata sin lugar a dudas de asignar a estas empresas un papel subordinado en el mercado mundial, por vía electrónica, a la voracidad sin límites de las transnacionales. Las posibilidades de complementariedad comercial de la pequeña y mediana industria aumentarán, aunque no en la misma medida que sus múltiples riesgos. La pregunta que queda flotando en el ambiente y a futuro es: ¿este sector, que sostiene el mayor peso de la PEA regional, no se convertirá también en expulsor de mano de obra, dada su nueva vulnerabilidad en un mercado cada vez más integrado?

La CEPAL ha estimado en 62 mil millones de dólares el capital flotante en la región y reclama, por sus riesgos, la función reguladora del FMI (Lodge 1995: 46). Esta propuesta se sustenta al parecer en una investigación reciente de la CEPAL, que revela que tres cuartas partes de los flujos externos de capital a la región corresponden a bonos o depósitos bancarios en moneda extranjera e inversiones bursátiles de corto plazo, por lo cual su inserción cumple una función desestabilizadora (French Davis y Griffiths Jones 1995). Sucede que la globalización de las finanzas ha erosionado el papel hegemónico de la banca comercial y de los organismos financieros internacionales (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial). Ya en el periodo 1989-1992, anota Salvador Arriola, funcionario del SELA, la banca comercial sólo registraba 14% de los flujos de inversiones extranjeras en la región, frente a 40% en manos de otros sectores especulativos (*La Jornada* 17-3-1995: 50).

La vieja lógica diferencial de las relaciones bilaterales asimétricas que enmarcó la movilización internacional de capitales bajo la modalidad de "inversión extranjera" viene siendo sustituida. El capital transnacional quiere liberarse de toda atadura nacional, mundializando la lógica de su propio arbitrio y de su propio caos (Vidal Villa 1995: 10-12).

Los efectos negativos de esta primera onda expansiva de fuga de capitales que abatió el mercado bursátil latinoamericano han ido

acompañados de la reactualización de un viejo tema entre económico y político: la deuda externa *versus* los planes de desarrollo y gasto social. La disminución de las reservas en divisas de los gobiernos de Latinoamérica, generadas por erráticas y superficiales medidas que enfrentaron sin mayor éxito esta crisis financiera, revela una nueva faceta del malogrado modelo neoliberal. Por otro lado, la vulnerabilidad financiera y comercial de América Latina cobra una visibilidad alarmante.

La deuda externa había alcanzado su mayor nivel de politización en el curso de la década de los ochenta, tensando en muchos casos las relaciones intergubernamentales entre los países de la región y los Estados Unidos en particular. Asimismo las relaciones de los gobiernos del área con las más importantes instituciones financieras (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial) fueron significativamente conflictivas. La política estadounidense no podía desatender este proceso de impugnación de su política financiera, comprometiendo de diversa manera a demócratas y republicanos.

A fines de la década pasada, la contraoferta de los demócratas al Plan Baker diseñado bajo la administración Reagan, no obstante su difusa viabilidad, marcó una fisura ideológica en las élites políticas norteamericanas. El denominado Plan Bradley suponía la cancelación parcial de 3% de la deuda y 3% de descuento sobre las tasas de interés, a cambio de una mayor liberalización comercial y otras medidas de control financiero sobre los países deudores. Otros banqueros estadounidenses parecían inclinarse por una reducción de las tasas de interés, en razón de que la acumulación de deudas, más intereses altos para refinanciar intereses, podrían empujar a los deudores al "no pago" (Cusminsky y Gitli 1987: 170 y 175).

La imparable e impagable deuda externa ha venido agobiando a los estudiosos de la problemática económica y social del continente en los últimos veinte años. Antes, los alcances de la bipolaridad mundial habían abierto espacios críticos que se venían ensanchando políticamente, desde la izquierda hacia el centro, o viceversa. En todos los casos, se insistía con diversos énfasis y argumentos que el desarrollo nacional y la equidad social no eran posibles bajo la excesiva carga del servicio de la deuda. No se equivocaba el director de *Cuadernos Americanos* cuando en el primer número de su Nueva Época escribía: "Los días que estamos viviendo son difíciles para el mundo, en especial para la región que en América se ha autodenominado como latina" (Zea 1987: 170).

El lastre de la deuda externa frenaba todo diseño viable de desarrollo nacional o continental. Las condiciones usurarias que las entidades financieras y los países del Norte impusieron a los países latinoamericanos terminaron por doblegar toda voluntad política de los gobiernos de turno que intentasen avanzar en sentido contrario a la lógica usuraria del capital financiero internacional. Se estimaba que, si durante el periodo 1980-85 se hubiesen mantenido las tasas de interés reales de la década de los setenta, más la tasa inflacionaria, la deuda global acumulada de América Latina hubiese sido un 37% menor (Cusminsky y Gitli 1987: 170). Alan García, Raúl Alfonsín y Carlos Andrés Pérez, con matices, expusieron esa vía negada que aspiraba a regular el servicio de la deuda, y que enfrentaba a la propuesta radical del no pago formulada por Fidel Castro. El tópico de la deuda externa ya no se debate políticamente por lo espinoso que es, no porque haya pasado de moda. Durante el difícil quinquenio 1986-1990, la deuda externa pasó de 382 mil a 423 mil millones de dólares. En la actualidad ya pasó la barrera de los 500 mil millones en divisas norteamericanas, mientras que el peso relativo de las exportaciones latinoamericanas en el comercio mundial sigue a la baja.

El cambio de rumbo en el ordenamiento político mundial posterior a 1989 repercutió negativamente en la región. Las corrientes socialdemócratas, populistas y de izquierda, no obstante el proceso democratizador de los ochenta, fueron desplazadas políticamente del escenario latinoamericano, tanto por sus errores como por sus debilidades. Bajo ese horizonte gris, la hegemonía neoliberal avasalló el espacio político latinoamericano. Los ideólogos más precavidos pedían que los reajustes neoliberales se hiciesen acompañados de cierta base social. En los noventa, la clase política de la región ha hecho explícito su deseo de no confrontarse con los organismos financieros internacionales. Nuestras élites políticas en el poder acusan un fuerte sesgo tecnocrático, permeadas por el discurso neoliberal, que relativizó su concepción sobre la soberanía nacional y sobre el bienestar real de la población como meta de cualquier plan de desarrollo. La *venta de garage* de las paraestatales y la liberación de aranceles responde más a la lógica del capital depredador que a la de los intereses nacionales.

Un análisis de la cuestión latinoamericana advertía perspicazmente sobre el peligro que encerraban los nuevos signos económicos (programas de ajuste, transferencia de recursos financieros, declinación de la posición comercial en el mercado mundial, recom-

posición tecnológica, etc.), para avanzar por el conflictuado sendero de la democracia. Para nuestra analista era claro que:

Nuevas formas de dependencia generadas a partir de la crisis de la deuda externa en los ochenta se agregan a las viejas estructuras dependientes analizadas acuciosamente por la sociología crítica latinoamericana en los años sesenta (Lozano 1991: 92).

El acoso neoliberal a la planta industrial latinoamericana había **expandido** el desempleo y el subempleo, además de arcaizar el mercado de trabajo. Según un reporte de un vocero de la OIT, presentado a los medios televisivos al filo de terminar este texto, en América Latina el trabajo infantil ha crecido, ubicándose en una franja crítica entre los 15 y 20 millones. La maquillada economía informal concentra las formas precarias que el capitalismo salvaje impone, al margen de la legislación laboral y de los derechos humanos. Los empresarios informales devenían así un importante actor a conquistar política y fiscalmente (De Soto 1987).

No es novedad para nosotros la multiplicación creciente de la pobreza en la región durante la última década, si la percibimos como un signo de los nuevos tiempos que se viven en el mundo. **La expansión** de la pobreza en la tierra ha sido subrayada por su potencialidad política para el futuro mundial:

Hoy, en vísperas del siglo XXI, otro fantasma recorre no sólo Europa sino el mundo entero: el fantasma de los marginados. Marginados por su clase, su piel, su religión, cultura, nacionalidad y origen social, también por su sexo, sus inclinaciones sexuales, etcétera (Zea 1994: 40).

En el caso concreto de América Latina, nuestro fantasma de los marginados parece ir adquiriendo cada vez más un mayor peso demográfico y político. Un documento de trabajo de la OEA estima que 279 millones de personas vivían en condiciones de "pobreza crítica" a principios de 1994, es decir un 62% del total de la población continental (*La Jornada* 16-2-1994). Esta situación nos coloca en una posición poco grata, ya que el primer lugar en el *ranking* mundial de la pobreza parecía ostentarlo la región subsahariana (54% de la población), según un informe de la ONU, que prefirió últimamente colocarnos en un cómodo tercer puesto, detrás del sur de Asia. La diferencia de criterios para medir la pobreza, sumados a las contradictorias fuentes gubernamentales, explican los diferentes

pareceres entre uno y otro organismo. La OEA percibe en el desarrollo de la pobreza regional un peligro para la democracia. Las tentaciones autoritarias para frenar el descontento social pueden significar un retroceso político.

América Latina brinda un aporte modesto a la migración mundial de personas que por razones diversas salen fuera de sus países de origen. Se calcula el flujo mundial anual en 75 millones de personas al año, y es su principal contingente el que se desplaza de Sur a Norte no obstante las trabas migratorias existentes. La filiación etnorracial de los migrantes suscita más de un fantasma en los países ricos. La mundialización de la economía requiere de la libre movilidad de la fuerza de trabajo, de manera análoga al libre desplazamiento terráqueo del capital. Pero desde los centros de poder del Norte se brega por frenar esta migración masiva que crece en espiral. Tal política del Norte revela los límites del discurso sobre la libertad y la globalización al disociar y oponer los derechos del capital depredador a las demandas libertarias de una cada vez más miserable y numerosa fuerza de trabajo (Vidal Villa 1995: 12).

El peso demográfico de los casi trescientos millones de pobres latinoamericanos encuentra todavía fuertes dificultades para reposicionarse en los mercados del Sur, aunque los haitianos, centroamericanos, mexicanos y cubanos vienen presionando con fuerza sobre las fronteras norteamericanas. Las más diversas fuentes de información registran desde fines de los setenta un flujo sin precedentes de fuerza de trabajo más allá de las fronteras nacionales: haitianos en Dominicana, peruanos en Venezuela, paraguayos y bolivianos en Argentina, centroamericanos en México. Muchos de ellos se reencuentran fuera del continente: conosureños y andinos en Australia, brasileños y peruanos en Japón, sudamericanos y caribeños en España, Italia, Suecia y Alemania. Más cerca, en la otra América, ya sea en Canadá o Estados Unidos, oleadas de migrantes económicos siguen refundiendo sus paisanajes bajo las marcas de la latinidad o la indianidad. Las tendencias al desarraigo y al golondriaje de la fuerza de trabajo afectan incluso a sectores significativos de intelectuales y profesionales latinoamericanos.

El símbolo ominoso que cribó Occidente sobre la Cortina de Hierro durante la guerra fría aparece disociado de la cortina de acero que vienen construyendo, como símbolo de su poder de exclusión hacia América Latina, los Estados Unidos. Las campañas contra los indocumentados en los Estados Unidos o contra los "sudacas" en Europa han sido reforzadas por leyes de control

migratorio que favorecen la reproducción expansiva de ideologías racistas y formas perversas de exclusión. Líbano, Afganistán, Chechenia, operan como el espejo cóncavo donde el opulento Norte recupera su imagen circular de invisible *Terminator*.

El gasto militar de los países del Norte y sus clientes del mundo periférico en este periodo, ya no se sabe si de posguerra fría o paz caliente, asciende a la mitad del ingreso de la población mundial. Nada parece indicar que los principales países productores de armamentos atenderán el reciente llamado de Mahbub Ul Haq en favor de una reducción de 3% de sus gastos bélicos a fin de canalizarlos a un fondo de ayuda a los países del Sur administrado por la ONU. La clase política y los empresarios primermundistas no escucharán los razonables y humanitarios argumentos de Ul Haq, aunque éste en su currículum ostente el haber sido reconocida figura del Banco Mundial e inventor del indicador de desarrollo humano usado por la ONU. Seguramente las élites de poder del Norte habrán visto al experto paquistaní como un soñador que hace peticiones poco afortunadas y escasamente razonables.

Tal postura es coherente con las políticas económicas programadas por los países del Norte hacia el mundo periférico. Los 24 países del todopoderoso Norte vienen recortando sin atenuantes sus apoyos a los fondos económicos de ayuda a los países del Sur. Para el quinquenio 1996-2000 el Fondo Europeo de Desarrollo (FED), dados los recortes aplicados por sus opulentos socios, ha reducido a la mitad sus recursos financieros, es decir, a la magra suma de mil millones de dólares (*La Jornada* 10-3-1995). Mejor ni hablemos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, y menos aún de los programitas sociales y de mejoramiento ambiental del Banco Interamericano de Desarrollo o del Banco Mundial. Ningún analista serio de la problemática tercermundista o latinoamericana considera su existencia como real.

El futuro ya en 1991 aparecía poco grato para quien es hoy presidente del Brasil. Fernando Henrique Cardoso afirmaba entonces con tono de real preocupación política que: "...nuestro problema actual consiste en trabajar para no caer en el Cuarto Mundo y formar parte de esa lista de países que ni siquiera sirven para ser explotados" (Cueva 1991: 2).

Un nuevo dualismo tecnológico parece marcar las nuevas fronteras de la división internacional del trabajo, dejando fuera a los países y regiones que no responden a los nuevos parámetros de relación intraplanetaria (Gunder Frank 1993: 129). La crítica a la ex-

clusión real o potencial de nuestros pueblos se proyecta como impugación de fondo a la usura financiera y al monopolio tecnológico transnacional por su papel de capital depredador de vida y calidad de vida humana y de la propia naturaleza. ¡Qué duda cabe que las lacras civilizatorias del autoritarismo y el neorracismo se confunden con la voluntad e interés de este actor económico privilegiado, en el ya conflictuado espacio mundial!

2. Unidad regional, globalización y utopía para el nuevo milenio

HACE ocho años, un controvertido socialdemócrata venezolano constataba trágicamente que el comercio intrarregional se había "debilitado" (Pérez 1987: 133); dicho sea de paso, éste por lo general había manifestado hasta entonces flujos limitados y erráticos. La deformación estructural de una economía fuertemente dependiente, aunada a una alarmante espiral inflacionaria y a la carencia de medios de pago en los ochenta, generó una fuerte contracción coyuntural del comercio intracontinental. Solamente en el curso de 1982 a 1983, el efecto se había mostrado "demoledor al caer las importaciones intrazonales de ALADI en un 37%" (Salgado 1987: 152).

Esta evaluación aparecía circunstanciada por las viejas formas de la dependencia de los países latinoamericanos. Al mismo tiempo, tales cifras sobre la precariedad comercial intracontinental, vistas en un arco temporal mayor, podían revelar otra tendencia. Efectivamente, una revisión de la última década (1983 a 1994) permite rectificar esta orientación comercial al pasar de 7 mil a 26 mil millones de dólares el comercio intrarregional. Sin embargo, las asimetrías persisten, si se toma en cuenta al Mercosur frente a otros polos subregionales o si se comparan los flujos comerciales de países como Argentina, Brasil o México frente a Honduras y Haití. No es difícil imaginar los costos que representarán para la región los acuerdos del GATT y del TLC.

Bajo este panorama comercial, las coordenadas del proceso de globalización que subyacen indican la activa presencia de una encontrada malla de intereses internacionales que no parecen orientarse únicamente del lado norteamericano, a través de la reproducción extensiva del Tratado de Libre Comercio. Las exportaciones de los países miembros del Mercosur, por ejemplo, se proyectan principalmente hacia Europa, mientras que las que fluyen hacia los Estados Unidos representan menos de 30% de sus flujos internacionales (Matner 1992: 6).

Durante la última década, el Caribe, la Amazonia y la Antártida han tendido a concentrar los múltiples y encontrados posicionamientos de las grandes potencias sobre la región. Las presiones en defensa del medio ambiente y de la lucha antinarcóticos revelan de manera ostensible los nuevos caminos injerencistas del Norte. En este contexto, debe recordarse que la presencia del bloque Asia-Pacífico en la región no es desdeñable.

En el no siempre visible ajedrez de la geopolítica hemisférica se vio con preocupación el cerrojo japonés Pacífico-Atlántico a través del corredor transamazónico brasileño-peruano (Amayo 1993: 117-170), así como su activa presencia en las negociaciones subterráneas de la administración Noriega sobre el Canal de Panamá. La perspectiva de un relevo japonés en la administración futura del Canal fue al parecer la clave subterránea que precipitó la intervención norteamericana en dicho país, según anotó en su oportunidad Gunder Frank, un conocido y perspicaz analista europeo. El juicio a Noriega dejó filtrar información a la prensa internacional sobre sus reales negociaciones con algunos empresarios japoneses en torno a esta estratégica vía interoceánica.

En otro campo estratégico, el de las telecomunicaciones, además de la asimétrica relación de los países latinoamericanos con las transnacionales y las potencias industrial-financieras, se manifestaron otras implicaciones. En los setenta se supo del papel de la ITT en la desestabilización del régimen de Salvador Allende. En los ochenta, los medios acrecentaron la fuerza de las ideologías del mercado en la región, subrayando que garantizarían libertad, democracia y desarrollo. Alteraron también el curso de la propaganda política e inauguraron un nuevo *marketing* electoral, que ha coincidido con la crisis de los partidos tradicionales.

Un intelectual boliviano testimoniaba a fines de los ochenta su preocupación por "la existencia de un sistema de comunicaciones de una sola vía que impide a las poblaciones de los países de América Latina enterarse de la realidad y por lo tanto dependen de la manipulación extraña" (Carazo 1987: 124). Esta tendencia, que se refuerza a partir de 1988 con el proyecto monopolista de Televisa sobre el sistema regional de telecomunicación por satélite, tiende a alterarse. En los noventa, cinco empresas norteamericanas (Motorola, Hughes, Martin Marietta, Loral y TRW) y una canadiense (Teleglob), competirán por copar el naciente mercado interamericano, asociándose a empresas nacionales o regionales.

Lo preocupante es que, si bien las tecnologías de la comunicación tienden a ensanchar sus redes interactivas, la brecha de una

pobreza en espiral bajo los marcos de las democracias autoritarias en el continente limitaría a las élites urbanas las bondades de una participación "crítica", dejando a los sectores medios y pobres los canales propios de las respuestas inducidas. Sectores restringidos de la población latinoamericana tienen acceso a las esferas de la telefonía celular, Internet y telecable.

Al revisar las estadísticas de 1990 sobre posesión y uso de medios como la radio y la televisión, éstas manifiestan en la región índices relevantes. Por cada mil habitantes, el perfil de comunicaciones subregionales expresa los siguientes datos para la radio y la tv, respectivamente: Caribe 435 y 193, Mesoamérica 312 y 104, área andina 354 y 115, Cono Sur 464 y 186 (CIDEAL 1993: 184-185). Si tenemos en cuenta que el Índice de Desarrollo Humano (IDH) fija tasas altas de 510 unidades de radio y 180 de televisión por cada mil habitantes, sólo en televisión el Cono Sur y el Caribe exhiben tasas en promedio más altas que el límite fijado. Pero si consideramos las tasas medias del IDH que asignan 210 unidades de radio y 71 de televisión por igual número de pobladores, los promedios subregionales resultan bastante considerables.

La tasa promedio de receptores de radio y televisión creció de forma espectacular en los últimos veinte años en América Latina. Si en 1970 el promedio de radios era de 188 por cada mil habitantes, en 1991 pasó a 378, doblando su significación. En el caso de la televisión, la tasa expansiva de crecimiento fue aún mayor al pasar de 53 unidades por cada mil habitantes en 1970, a 141 unidades en 1991 (UNESCO 1993: 9.1-9.35). La escasa información sobre el número de horas por tipo de programa no nos permite adelantar algunos comentarios sobre su incidencia cultural y política. De seguir esta tendencia, el peligro del ingreso de América Latina a lo que Morin llama una "Edad Media Planetaria" es real. La feudalización de la información puede tener un fuerte sesgo manipulatorio, incluso fomentar algún tipo de fundamentalismo planetario.

El despliegue ideológico sobre los universales se afirma al ritmo del ensanchamiento de las brechas económicas y tecnológicas entre el Norte y el Sur y sus mil y una asimetrías, contradicciones y paradojas. La globalización ha propiciado, a pesar de sus fuerzas hegemónicas, una primavera identitaria desbordante que no puede ser descalificada por algunos excesos de añejos fundamentalismos políticos y religiosos. En realidad, la nueva oleada globalizadora debe prevenirnos a los latinoamericanos contra la mitologización del Sur, que

Está sirviendo para encasillar esa diversidad que ya se perfila como medio de contraste para la nueva occidentalidad del fin del bipolarismo. El Sur es una nueva construcción mítica de la mente occidental. El Sur es el nuevo demonio en elaboración que habrá de ser contenido para bien de las impolutas fortalezas informatizadas de la naciente era multipolar (Ordóñez 1993: 108).

La globalización supone la configuración de

un sistema transnacional bancario-productivo-comunicativo, que es dominante, y cuyo ascenso coincide con un debilitamiento *real de la soberanía de los Estados-nación y de las corrientes nacionalistas, antimperialistas, marxista-leninistas...* (González Casanova 1992: 1).

La pérdida de espacios y el desgaste clientelar de estas ideologías, otrora de fuerte presencia en los países periféricos, ha sido ganada por el denominado *discurso de la globalidad*. Este discurso preocupa a la intelectualidad latinoamericana porque opera bajo la forma perversa del neoliberalismo conservador, que ostenta como signo más visible la exclusión más que la explotación de nuestros pueblos (González Casanova 1992: 11).

Cabe hacer notar que la exclusión tiene diversos rostros, entre los cuales los más conocidos son los de carácter económico o político, no así los de carácter generacional (tercera edad) o cultural (los indígenas), quienes intencionalmente quedan fuera de programación y sin voz. De fondo, el discurso de la globalidad tiene un emisor privilegiado, aquél que controla una cuota sustantiva de la voz-imagen mundial, así como las tecnologías y medios de comunicación interactiva. La visión monocorde que se esparció de forma desbordante a escala planetaria sobre la Guerra del Golfo mostró una faz inédita de la mundialización del poder. Frente a este espectro, la voluntad intervencionista del Consejo de Seguridad de la ONU aparece rezagada. Más cotidianamente, las corporaciones transnacionales en el campo de la comunicación han hecho suya y a su medida la libertad de expresión, mercantilizándola y poniendo en riesgo las opciones democráticas. Un agudo analista se ha preguntado al respecto: “¿De qué manera vamos a escuchar la voz de los individuos cuando los canales de comunicación son un monopolio de la voz y mensaje corporativos?” (Schiller 1993: viii).

Si bien es cierto que el proceso de globalización en materia de comunicaciones tenderá en perspectiva a multiplicar y/o fragmentar los mensajes, canales y redes en lo formal, puede ocultar una nueva

amenaza totalitaria disfrazada, negando la palabra a la real diversidad etnocultural y de pensamiento político en los países del Sur. Por ello, para Morin sigue siendo una necesidad político-cultural

proteger la diversidad de las fuentes de información y la diversidad del pensamiento, especialmente en los medios de comunicación, para evitar todo discurso monopolístico. Al igual que hay que proteger la diversidad de especies en la biosfera, hay que proteger la de las ideas y opiniones en el mundo político (Morin y Toffler 1994: 6).

¿Qué discurso alternativo puede anudar tradición heterogénea y futuro, continentalidad y mundialidad, desde este mirador martiano? Es correcto que las antinomias y dualismos del mosaico identitario latinoamericano (centro-periferia, tradición-modernidad), han sido puestas entre paréntesis de cara al futuro por un destacado ensayista latinoamericano (Ainsa 1992: 34). Pero entre la opción de un nuevo mestizaje cultural o gran síntesis (Steger 1994: 84), es preferible defender desde lo múltiple de nuestra matriz etnocultural las pluralidades que nos abre como opción identitaria este nuevo embate civilizatorio. Transitamos de una unidad de muchas síntesis a otra, y de nuevo marchamos a contracorriente de las propuestas homogeneizadoras y autoritarias. Es cierto que América Latina ya no puede ni debe sustraerse a la más grande oleada integradora de estos tiempos, que potencia por un lado una mayor aproximación intracontinental, y por el otro la propia mundialización de la región.

En este horizonte, el futuro de nuestros pueblos no puede confundirse con la defensa del tradicionalismo, pero tampoco con el manejo interesado y paradigmático de los países del Norte. El espejo del desarrollo que nos brindan los 24 países más industrializados del orbe no debe ser nuestro espejo, por nuestras peculiares opciones civilizatorias, por nuestra pobreza y dependencia, pero también por las aristas no deseables de su modo de vida y entorno. El desafío que nos abre este proceso de globalización es multidireccional y estructural, por lo que en materia de identidad debemos poner el acento en la discusión sobre el papel y carácter preeminente de las industrias culturales (Weinberg 1994: 48-49). Las brechas crecientes entre el Norte y el Sur, en la producción y potencia de flujos de información y mensajes culturales, afectan tanto la libertad de expresión como la de información en el mundo, pero también la dimensión cultural de todo proyecto de desarrollo (Ainsa 1992: 65). Por lo anterior, cobra importancia la crítica a las ideologías de la

exclusión y a los nuevos poderes planetarios que la sustentan, que por lo demás forman parte de nuestro proyecto de futuro, como región-mundo.

En el curso de este proceso se viene dando una fase de recomposición espacial de difícil pronóstico, ya que los referentes identitarios tienden a una relativa dispersión física, que es compensada con la apertura de canales de comunicación y redes de solidaridad inéditas. Pero a nivel social las prácticas neoliberales han hecho surgir zonas de alta marginalidad y pobreza propios de un Cuarto Mundo, rearcaizando en ellas las formas de explotación mientras por otro lado aparecen familias multimillonarias tipo Primer Mundo. ¿Puede prescindirse de las esperanzas igualitarias bajo el argumento de que el socialismo real ha fracasado en Cuba? Pienso que no; nuevas variantes del discurso sobre los derechos humanos y del discurso ambientalista latinoamericano acusan fuertes rasgos utópicos en esta nueva dirección. Pero también el resurgimiento de la crítica política, moral y nacionalista a la usura financiera abre inéditos campos utópicos. Mientras en el frente externo la deuda socava todo plan de desarrollo y reduce el gasto social en la región, la usura bancaria en el frente interno de cada país multiplica la ruina de los agentes productivos, pero también de las capas medias.

A nivel político, un destacado académico sostenía la hipótesis de que la culminación del Leviathan criollo parecía coincidir con su entrada en la crisis, en la que fuerzas y procesos dentro y fuera de él lo desestructuran y desgastan. Se puede verificar una pérdida real de la soberanía nacional, así como una fuerte vulnerabilidad estatal ligada a la expansión del narcotráfico (Kaplan 1993: 11). La posibilidad de recrear las formas políticas regionales aparecen asociadas a un nuevo camino y estilo de desarrollo alternativo, al proceso de democratización y soberanía e integración latinoamericana en el nuevo escenario mundial (Kaplan 1987: 189-207).

Reflexionar sobre las utopías y proyectos políticos del continente no significa anclarse en una perspectiva anacrónica reñida con el proceso de globalización. Morin reivindica la posibilidad de acceder a lo local desde el mundo, sin renunciar a asumir el mundo desde cada microespacio cultural. Esta propuesta es viable si observamos que las tendencias encontradas de la homogeneidad y la diversidad se encuentran presentes en el curso del proceso de globalización y en la polaridad Norte/Sur, pero también en la intrapolaridad que sacude a cada una de estas segmentadas configuraciones. Entre los microespacios y el mundo existen espacios culturales

e identitarios intermedios; Europa y Asia bien lo tienen presente. Por lo anterior, es posible posicionarnos más allá de nuestra real subalternidad en el horizonte mundial.

Es posible también asumir un proyecto de desarrollo y afirmación de la región-mundo, previo desanudamiento de nuestros viejos y nuevos anclajes neocoloniales y sus poderes depredadores endógenos. La utopía de Nuestra América puede asumirse como el espacio de reencuentro de nuestras propias diversidades etnoculturales y nuestros sueños libertarios e igualitarios. La utopía de nuestra región-mundo posee un tiempo deseable, un futuro tan heterodoxo y plural como nuestras grandes tradiciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Ainsa, Fernando, "América Latina más allá de sus antinomias", *Cuadernos Americanos* (México), 32 (1992), pp. 33-48.
- Amayo Zavallos, Enrique, "Da Amazônia ao Pacífico cruzando os Andes", *Estudos Avançados* (São Paulo), 7, 1993, pp. 117-170.
- Carazo Odio, Rodrigo, "Integración latinoamericana", *Cuadernos Americanos* (México), 1 (1987), pp. 123-129.
- CIDEAL, *Informe sobre Desarrollo Humano*, Centro de Comunicación, Investigación y Documentación entre Europa, España y América Latina, España, 1993.
- Cueva, Agustín, *América Latina: el neoliberalismo sin rostro humano*, México, s.p.i., 1991.
- Cusminsky, Rosa y Eduardo Gitli, "Del Plan Baker al Plan Bradley", *Cuadernos Americanos* (México), 4 (1987), pp. 165-188.
- De Soto, Hernando, *El otro sendero. La Revolución informal*, México, Diana, 1987.
- French Davis, Ricardo y Stephany Griffiths Jones, *Las nuevas corrientes financieras hacia América Latina, fuentes, efectos y políticas*, Santiago de Chile, CEPAL, 1995.
- González Casanova, Pablo, "La crisis del Estado y la democracia en el Sur", *Perfil de La Jornada* (México), 14 de febrero de 1992, pp. I-IV.
- Gunder Frank, Andre, "América Latina al margen de la historia del sistema mundial", *Cuadernos Americanos* (México), 39 (1993), pp. 114-133.
- Kaplan, Marcos, "Crisis y transfiguración del Leviathan criollo", *Cuadernos Americanos* (México), 4 (1987), pp. 189-207.
- —, "La crisis del Estado y el narcotráfico latinoamericano", *Cuadernos Americanos* (México), 40 (1993), pp. 11-34.

La Jornada (México).

Latin Finance (Estados Unidos).

Lodge, George, "Declaraciones de . . .", *La Jornada* (México), 20 de marzo de 1995, p. 46.

Lozano, Lucrecia, "Ajuste y democracia en América Latina", *Cuadernos Americanos* (México), 6 (1991), pp. 87-103.

Matner, Gonzalo, "Integración hemisférica: posibilidad real o utopía fantasmiosa", *El Gallo Ilustrado* (México), núm. 1563 (7 de junio de 1992), pp. 2-6.

Morin, Edgar y Alvin Toffler, "Poder y conocimiento: de la revancha del pasado a la crisis del futuro", *La Jornada* (México), 13 de junio de 1994, p. 6.

Ordóñez, Andrés, "El fin de una historia. La comunicación intercultural y el nuevo orden internacional en formación", *Cuadernos Americanos* (México), 42 (1993), pp. 101-112.

Pérez, Carlos Andrés, "La cooperación latinoamericana: un imperativo histórico", *Cuadernos Americanos* (México), 1 (1987), pp. 130-138.

Salgado, Germánico, "La conmoción de la crisis y la búsqueda de nuevos rumbos para la integración", *Cuadernos Americanos* (México), 1 (1987), pp. 152-169.

Schiller, Herbert I., "La voz mundial de la corporación transnacional", *Medios, lenguaje y sociedad*, suplemento de *La Jornada* (México), 16 de septiembre de 1993, pp. VIII-IX.

Steger, Hanns-Albert, "¿Tiene futuro Latinoamérica?", *Cuadernos Americanos* (México), 45 (1994), pp. 73-87.

Tokman, Víctor, *Informalidad y pobreza: progreso social y modernización productiva*, Santiago de Chile, CEPAL, 1993.

UNESCO, *Anuario Estadístico 1993*, París, UNESCO, 1993.

Vidal Villa, José María, "Diez tesis sobre la mundialización", *Memoria* (México), núm. 74 (enero-febrero de 1995), pp. 4-16.

Weinberg, Gregorio, "Nuevo milenio, nueva historia", *Cuadernos Americanos* (México), 32 (1994), pp. 46-52.

Zea, Leopoldo, "Identidad e integración latinoamericana", *Cuadernos Americanos* (México), 1 (1987), pp. 170-181.

, "El fin del siglo y el fantasma de los marginados", *Cuadernos Americanos* (México), 44 (1994), pp. 35-42.